

Una frágil frontera entre la delincuencia y las drogas: la Zona Norte de Tijuana

Hernández-Hernández, A. (2021). Una frágil frontera entre la delincuencia y las drogas: la Zona Norte de Tijuana. *Revista Cultura y Droga*, 26(32), 153-185. <https://doi.org/10.17151/culdr.2021.26.32.8>

Alberto Hernández-Hernández*


Recibido: 16 de diciembre de 2020
Aprobado: 9 de abril de 2021

Resumen

El artículo explora las relaciones entre los mundos de la delincuencia y las drogas, a partir de los testimonios y relatos de vida de personas que trabajan o viven en la Zona Norte de Tijuana, la ciudad fronteriza más grande del norte de México. **Objetivo:** mostrar cómo se torna difusa la frontera entre las personas y estos mundos a partir de sus tipos de consumo, las drogas utilizadas y sus vínculos directos o indirectos con lo delictivo. **Metodología:** trabajo de campo en tres etapas, entre 2011 y 2012, 2015 y 2016 y de 2017 a 2019. **Resultados:** esta labor de campo, los aportes de la sociología del delito y el enfoque de los relatos de vida permiten observar cómo cada sujeto establece una relación diferenciada con lo delictivo o con las drogas en función de las sustancias que consume y de sus actividades cotidianas y laborales en la Zona Norte.

Palabras clave: fronteras, drogas, delincuencia, microtráfico, Tijuana.

* Doctor en Sociología por la Universidad Complutense de Madrid, profesor-investigador, Departamento de Estudios de Administración Pública, El Colegio de la Frontera Norte, Tijuana, B.C. México. E-mail: ahdez@colef.mx.

 orcid.org/0000-0001-7176-0902. **Google Scholar**



The fragile line between crime and drugs: the North Zone of Tijuana

Abstract

This paper explores the relationship between the worlds of crime and drugs based on the testimonies and life stories of people who work or live in Tijuana, the largest border city in northern Mexico. **Objective:** to demonstrate how the line between people and these worlds becomes fragile based on the type of consumption, the kind of drugs used and the direct or indirect links with crime. **Methodology:** field work in three stages: 2011-2012; 2015-2016; and 2017-2019. **Results:** this field work, the contributions of the sociology of crime and the approach of life stories allow observing how each subject establishes a differentiated relationship with crime or drugs based on the substances they consume and their daily and work activities in the North Zone.

Key words: borders, drugs, crime, micro traffic, Tijuana.

Introducción

Este artículo explora las relaciones entre los mundos de la delincuencia y las drogas, tomando como caso de estudio testimonios y relatos de vida de personas que trabajan o viven en la Zona Norte de Tijuana, la ciudad fronteriza más grande del norte de México. “La Zona” como localmente se le conoce, ha acompañado el desarrollo histórico de Tijuana desde sus inicios como localidad fronteriza, al ser uno de los primeros asentamientos urbanos y, con el tiempo, alojar un amplio circuito de tolerancia con bares, cantinas, centros de baile y entretenimiento para adultos, donde se ejerce el trabajo sexual femenino, masculino y transgénero, existe la venta y consumo de drogas, y algunos de estos lugares, son puntos de encuentro para personas vinculadas a los mundos de la delincuencia o el crimen en Tijuana.

El objetivo es mostrar a través de relatos de vida y distintas experiencias de campo, cómo se articula la frágil frontera entre los mundos del delito y las drogas, en tanto que ambas esferas comparten características y están conectadas a prácticas y sentidos

en la Zona Norte, configurando distintas relaciones con estos mundos desde el tipo de consumo que ejercen y las drogas que utilizan, así como sus vínculos directos o indirectos con los mundos del delito. Un primer aspecto por tomar en cuenta es la necesidad de problematizar las concepciones morales de las ciencias sociales frente a estos mundos, en busca de introducir miradas situadas y relacionales, donde lo central sean las voces y relatos de los sujetos con los lugares estudiados.

Para llevar a cabo este estudio, se realizó trabajo de campo en tres etapas, primero entre 2011 y 2012, relativo a un estudio sobre adicciones y centros de rehabilitación en Tijuana, la segunda etapa fue entre 2015 y 2016, a raíz de un estudio sobre trabajo sexual y vida nocturna en la Zona Norte, con posteriores retornos durante 2017, 2018 y 2019, periodo en el que pude conocer más de cerca las dinámicas y los cambios en este espacio de la ciudad. Si bien en un primer momento el objetivo fue conocer más sobre los circuitos del trabajo sexual femenino, el interés se amplió hacia oficios cotidianos de actores no tan visibles, así como a los públicos que asistían a los bares o cantinas, según el tipo de entretenimiento que buscaban. En este periodo pude conocer tanto a hombres como a mujeres que compartieron sus testimonios en torno al trabajo u oficio que realizaban en la zona. Gracias a sus contactos, logré establecer una red de colaboración con otros individuos relacionados con la Zona Norte, situación que favoreció la realización de entrevistas.

Primero, se introducen reflexiones en torno a matices críticos desde la sociología del delito para complejizar el análisis de los sujetos de estudio, estableciendo diferencias y grados de involucramiento que permitan una caracterización de las personas consumidoras de drogas y su relación con el delito. Posteriormente, se profundiza en torno al espacio de estudio de la Zona Norte, su desarrollo histórico anclado con el crecimiento de Tijuana como ciudad fronteriza, y también como sitio turístico y de entretenimiento para connacionales y estadounidenses. Se incluye también una nota metodológica sobre las condiciones y características del presente estudio, así como el énfasis en las voces y experiencias de los sujetos a través de relatos basados en sus experiencias. Los siguientes apartados aportan descripciones sobre prácticas cotidianas en la Zona Norte, algunas de ellas ligadas a la delincuencia y a la venta y consumo de drogas. Para finalizar, se reflexiona en torno a cómo cada sujeto establece allí una relación diferenciada con los mundos del delito y las drogas, dependiendo del oficio o actividad que realice, si es consumidor de drogas o qué tipo de ellas consume, y cómo esto puede relacionarse o no con los fenómenos del delito y los efectos para su propia trayectoria de vida.

Delito y drogas: mundos distintos, lenguajes compartidos

Contrario a lo que comúnmente se piensa, los mundos de las drogas y el delito poseen diferentes escalas y matices que requieren pensarlos de manera situada y relacional según cada contexto y experiencia. Aunque se les considere asociados, sus propias características como fenómenos sociales dan cuenta de mundos complejos en su articulación, con procesos, actores y reglas específicas, además de marcadas distinciones en términos de los efectos e impactos que producen en los sistemas sociales (Astorga, 2003, 2016; París & Pérez, 2013). Por otro lado, los códigos, lenguajes y prácticas aproximan ambos mundos a veces hasta confundirlos, en tanto que los delitos y las drogas encuentran su lugar de despliegue desde la dimensión de la ilegalidad, donde las nociones entre el bien y el mal se tornan borrosas, y también son atravesadas por criterios morales flexibles o adaptables en función del contexto y la situación que se presentan a los sujetos (Sandoval, 2012; Dorfman, 2020). En este sentido, los circuitos de la ilegalidad no solo dan cobertura a actividades criminales o generadoras de violencia, siendo los casos más extremos el tráfico de armas, tráfico de drogas o personas; sino que estos mismos circuitos sirven para generar estrategias de sobrevivencia y satisfacer necesidades de un gran número de personas insertas en sus diferentes escalas, especialmente en los niveles más bajos, que tienen que ver con delitos comunes, microtráfico o consumo de drogas.

En busca de proponer una caracterización más cercana a los sujetos entrevistados, a continuación se profundizan los matices entre los mundos del delito y las drogas. La finalidad es distinguir aspectos que contribuyan a pensar en los sujetos y el contexto de estudio, la Zona Norte de Tijuana. Primeramente, se establece diferencias en cuanto a la relación entre delito y trabajo, y también entre delito y consumo de drogas, alejándose la discusión que asocia de manera directa el consumo de drogas con la delincuencia. Después se introduce información de contexto sobre esta ciudad fronteriza, así como la diferencia de perfiles respecto a consumidores de drogas y su vínculo con el delito o la ilegalidad en la Zona Norte.

Los estudios de Kessler (2004, 2009) son claves para tomar distancia de visiones unidireccionales sobre los fenómenos que relacionan el delito y las drogas. Uno de sus estudios, realizado en 2004, incluyó a población juvenil cuya experiencia de vida había sido trastocada por su vínculo con los mundos delictivos en ciudades

argentinas. Pese a la diferencia de contexto y la población estudiada, las reflexiones de Kessler son útiles para comprender las condiciones de vida que orillan a las personas a insertarse en estos mundos, así como las motivaciones que los llevan a permanecer en ellos; hechos que es posible poner en diálogo para el caso de los sujetos entrevistados en la Zona Norte de Tijuana.

Un primer matiz tiene que ver con el vínculo entre delito y trabajo, cuya reflexión debe tomar en cuenta los contextos de desigualdad y pobreza que reducen las posibilidades y campos de acción para un gran número de personas. La precarización de las opciones laborales sirve de motor a la agudización del desempleo, por lo que no se encuentran las condiciones para desempeñarse de manera ininterrumpida dentro de una actividad o trabajo legal, especialmente por esquemas laborales cercanos a la explotación, o cuyo salario no alcanza para cubrir las necesidades más básicas. Ante ello, muchas personas desarrollan estrategias para obtener ingresos fuera del esquema laboral formal, ya sea introduciéndose en los mercados informales, o incluso, alternando el trabajo lícito con actividades ilícitas y delitos comunes. Cambio que puede transitar de lo temporal a ser una actividad por periodos, o hasta convertirse en una actividad fija, dependiendo del riesgo y los beneficios que brinda a cada sujeto (Kessler, 2004).

Otra de las claves es lo que Kessler indica como el tránsito de la lógica del trabajador a la del proveedor, en donde la primera identifica a sujetos que no han sido socializados en el delito desde sus ámbitos familiares o más cercanos, sino que por el contrario, valoran el trabajo formal por ser distinguido socialmente. Por otro lado, desde la lógica del proveedor pasa a segundo plano el prestigio de la fuente de ingresos, y en su lugar, cobra centralidad satisfacer necesidades independientemente de dónde se consigan recursos. Kessler (2004) plantea que:

La diferencia fundamental entre una y otra está en la fuente de legitimidad de los recursos obtenidos, que, en la lógica del trabajador, reside en el origen del dinero; el fruto del trabajo honesto en una ocupación respetable y reconocida socialmente constituía, a pesar lo simple del enunciado, uno de los pilares sobre los que se edificaba la cultura de los sectores populares. [...] En la lógica de la provisión, en cambio, la legitimidad ya no se encuentra en el origen del dinero, sino en su utilización para satisfacer necesidades. Esto es, cualquier recurso, sin importar su procedencia, es legítimo si permite cubrir una necesidad. (p. 41)

Estas dos lógicas también pueden encontrarse en la Zona Norte de Tijuana, donde se presentan desde la distinción social que brinda contar con un trabajo considerado honesto o formal, frente a la lógica del proveedor, con prácticas consideradas ilegales que pueden ir desde el comercio ambulante informal, hasta robos, asaltos, extorsiones y microtráfico. En cada una de estas actividades ilícitas, el consumo de drogas puede jugar un papel importante en exacerbar esta lógica del proveedor, especialmente cuando se trata de satisfacer sus necesidades de consumo:

La lógica del proveedor tiene puntos en común con lo que Merklen (2000) ha llamado “lógica del cazador” para describir individuos en situación de extrema vulnerabilidad. A diferencia de un agricultor que proyecta sus cosechas anuales en armonía con los ciclos de la naturaleza, los cazadores buscan día a día las oportunidades presentadas en una ciudad percibida como un bosque con un repertorio variado de posibilidades. Semejante a la idea del cazador en cuanto al “cortoplacismo” de las estrategias, el contrapunto entre la lógica del proveedor respecto del trabajador pone el acento en la relación entre acciones legales e ilegales. (Kessler, 2004, pp. 41-42)

El vaivén constante entre legalidad e ilegalidad se va tornando cotidiano para aquellos sujetos que, si bien valoran y tienen presente el estatus que otorga el trabajo formal, lo consideran insuficiente para cubrir las necesidades personales y de vida que se les presentan día con día, por lo que una opción es recurrir a actividades delictivas. Dichas necesidades, en el caso del estudio con jóvenes de Kessler, en ocasiones están dirigidas a apoyar a su familia con los gastos de casa, pagar deudas o hacer compras personales. Aunque entre estas mismas necesidades también se encuentra el tener dinero para festejar cumpleaños de amigos, comprar alcohol y consumir drogas.

Precisamente, la relación entre delito y drogas es otro de los matices a tener presentes, ya que hay una tendencia a asociar de modo prejuiciado los mundos del delito con el consumo de drogas. Sin embargo, este vínculo posee diferencias en cuanto a los tipos de delito que se cometen, si se realiza de manera solitaria o en grupo, si se es consumidor frecuente de alcohol o cierto tipo de drogas, o también, si la finalidad procurada con el delito es tener acceso a más dinero para satisfacer su consumo. Kessler apunta que:

El consumo de drogas y alcohol se caracteriza por una fuerte diferenciación de los efectos de las distintas sustancias; en tal sentido, merece un interés especial el uso de drogas legales —medicamentos— con el alcohol. Luego, hay distintos tipos de relación con el consumo: en un *continuum* que va del consumidor esporádico hasta el adicto, no siempre debe pensarse que el camino se orienta hacia un consumo creciente. En muchos casos, han probado y dejado, se han quedado sólo con drogas blandas, otros prefieren el alcohol, entre otras opciones. (Kessler, 2004, p. 142)

El consumo de alcohol o drogas en los mundos del delito puede fungir como un factor de cohesión de grupo, pero también puede ser motivo de distanciamiento entre pares, ya sea al no compartir el consumo o padecer sus efectos directos como problemas de violencia o robos entre ellos. También, hay diferencias en cuanto al tipo de droga que se consume, siendo considerada la marihuana una sustancia más sociable, frente a la cocaína, por ejemplo, que por su alto costo es más restrictiva para compartir, por lo que genera aislamiento o grupos cerrados que excluyen a quien no comparte el consumo. Así mismo, están los sujetos que combinan bebidas alcohólicas con medicamentos controlados, propiciando un conjunto de hábitos que en ocasiones pueden asociarse con actividades delictivas. Cabe precisar la crítica de Kessler respecto a cómo el discurso del delito y las drogas está lleno de contradicciones, ya que,

la mayoría sostiene que no se puede robar drogado, que hay que estar ‘limpio’ para robar sin cometer errores, a veces se afirma que también ayuda a no pensar, a la puesta en suspenso de la conciencia, necesaria sobre todo en los primeros actos. (Kessler, 2004, pp. 144-145)

Por otro lado, en cuanto a la creencia generalizada respecto a que se roba para satisfacer necesidades de consumo, esto es parcialmente cierto y más bien está relacionado con el nivel de consumo de cada sujeto, trátase de un consumidor ocasional o un consumidor sistemático. También, como se refirió antes, si bien hay sujetos que roban para comprar drogas, no necesariamente gastan todo en ellas, dándole un peso diferencial al consumo de sustancias según cada trayectoria de vida. Por ello es pertinente contemplar estas diferencias entre trabajo y delito, así como drogas y delito, pues estas condiciones encuentran puntos de correlación presentes en la Zona Norte.

Delincuencia y drogas: entrecruces y distanciamientos

Como se mencionó, ha existido una falsa correlación entre el consumo de drogas y la delincuencia (Dammert, 2009). La relación entre estos dos fenómenos es más compleja que una simple razón de causalidad, sin mencionar que los datos existentes suelen ser cuestionables. En ese sentido, Dammert plantea no solo la necesidad de concebir una diversidad de violencias asociadas al consumo de drogas y a la criminalidad, sino también la generación de estudios que propicien análisis capaces de reconocer diversos tipos de violencia. Así, para ilustrar la compleja relación entre violencia y drogas, Dammert parte de la idea de definir, por lo menos, la existencia de tipos de violencia asociada al consumo de drogas, sin que el factor delincuencia esté necesariamente presente en todas ellas. De modo que es posible contemplar: a) Un tipo de violencia generado por estados alterados de conciencia debido al consumo y que no necesariamente lleva a sucesos delictivos; b) Un tipo de violencia que incluye delitos perpetrados por personas bajo la influencia de alguna droga; y c) un tipo de violencia ejercida dentro de los sistemas de distribución de drogas, que incluyen acciones como el contrabando, el chantaje, la corrupción, el homicidio, entre otros (Figura 1).

VIOLENCIA Y DROGA	
DIMENSIONES	DEFINICIÓN
<ul style="list-style-type: none"> • Violencia delincuencial por compulsión al consumo 	<p>Ocurre cuando un sujeto comete un acto violento o se vuelve excitable o irracional a consecuencia del consumo de una droga. Se incluye también la violencia asociada al síndrome de abstinencia, donde el sujeto puede ser agente o víctima de violencia.</p>
<ul style="list-style-type: none"> • Violencia por estado alterado de conciencia debido al consumo 	<p>Refiere a violencia a robos, asaltos u otros delitos determinados por la necesidad del adicto de conseguir droga.</p>
<ul style="list-style-type: none"> • Violencia asociada a los sistemas de distribución de drogas 	<p>Vinculada a las redes de comercialización de drogas que alientan acciones de contrabando, chantaje y corrupción</p>

Figura 1. Tipos de violencias asociadas a las drogas.

Fuente: Dammert, 2009, p. 128.

Al mismo tiempo, Dammert especifica el tipo de delitos relacionados a las drogas y al consumo de éstas, con el fin de precisar aquellas vías en las que sí existe una correlación entre drogas y delincuencia (Figura 2). El caso de Tijuana es ilustrativo de la complejidad que sugiere Dammert, pues no todas las manifestaciones de violencias relacionadas al consumo de droga implican delitos o violencia. En Tijuana, el consumo de drogas se encuentra directamente relacionado con el contexto de Baja California como parte de las rutas de tráfico desde y hacia los Estados Unidos. A pesar de las implicaciones delictivas que pueden inferirse de esta relación, existen trabajos que sustentan la idea de que el inicio del consumo de sustancias psicoactivas tiene que ver con dos factores no necesariamente criminales: la presencia de un alto grado de violencia en la región, y el papel que juegan las amistades como detonadoras del uso de drogas, más allá de la oferta y la disponibilidad de éstas (Salazar, 2012; Maciel, 2018).

DELINCUENCIA Y DROGA		
RELACIÓN	DEFINICIÓN	EJEMPLOS
<ul style="list-style-type: none"> • Delitos de la droga 	<p>Violación de leyes que prohíben o regulan la posesión, el uso o la distribución de sustancias prohibidas.</p>	<ul style="list-style-type: none"> -Posesión y uso de drogas -Cultivo de marihuana. -Confección de anfetaminas.
<ul style="list-style-type: none"> • Delitos vinculados con el consumo de droga 	<p>Delitos que se cometen por el uso de la droga o para su comercialización.</p>	<ul style="list-style-type: none"> -Lesiones violentas. -Robos y hurtos. -Enfrentamiento entre bandas. -Amedrentamiento y extorsión
<ul style="list-style-type: none"> • Estilo de vida de la adicción 	<p>Tipo de vida vinculada con acciones ilegales. Modo de vida basado en la informabilidad</p>	<ul style="list-style-type: none"> -Prostitución -Piratería -Pornografía

Figura 2. Tipos de delitos asociados a las drogas.

Fuente: Dammert, 2009, p. 129.

Por otro lado, es importante tomar en cuenta las visiones negativas frente al consumo de drogas ante la presencia de un discurso prohibicionista que ha permeado el imaginario a lo largo de décadas, además de facilitar su asociación con la idea de una desviación social (Soto, 2015). Por ello, para desarticular esta perspectiva estereotípica, se pueden concebir tres fases no-lineales en el consumo de drogas: el uso, el abuso y la adicción (Soto, 2015); la transición de una a otra se dará en función de diversos factores, que pueden ser sociales, culturales, personales, farmacológicos, entre otros.

Para simplificar el abordaje de este punto, se considera que la aproximación de Zinberg (1984) sobre la naturaleza del consumo resulta pertinente. Este autor propone una tríada entre la persona, el contexto social y el tipo de droga del que se dispone. El argumento gira en torno a cómo la interacción de estos tres elementos determinará el tipo de consumo que tendrán las personas.

En el caso particular de la ciudad de Tijuana, los últimos indicadores nacionales de consumo reafirman esta posición y han hecho que la distribución de drogas tenga un elemento de mayor expansión por la ciudad (Bojórquez & Cortés, 2013), sin perder de cerca a la Zona Norte como un lugar de gravitación de este fenómeno. El alto nivel de consumo de drogas como mariguana y metanfetaminas, así como la heroína natural y sintética, han tenido un escenario de enclave en esta ciudad fronteriza, el cual sirve como trasfondo para conglomerados de narcotráfico, los carteles, y pequeñas iniciativas de narcomenudeo presentes en colonias, bares y tienditas de la zona.

Tal y como se observó en este apartado y de acuerdo con los argumentos, en la Zona Norte de Tijuana es visible cómo predomina lo que Kessler (2004) nombra como “lógica del proveedor”, especialmente en cuanto a sujetos insertos en actividades delictivas que buscan satisfacer diferentes necesidades, independientemente de cómo las consigan. A su vez, esta “lógica de proveedor” se ve exacerbada en función de las fases no lineales que distingue Soto (2015) para consumidores de drogas entre el uso, el abuso y la adicción. Tanto el trabajo de campo y las entrevistas realizadas a sujetos que trabajan o viven en la Zona Norte de Tijuana tienen presentes estas categorías para su posterior discusión.

Presencia histórica de las drogas y sus efectos en Tijuana: la Zona Norte como un enclave

México se posiciona como uno de los principales países en el escenario internacional de las drogas; sobresale como país de tránsito de droga, así como proveedor de materia prima, productor y consumidor. Para la frontera norte, y en particular para la ciudad de Tijuana, este fenómeno acompaña parte de su historia; corredores y rutas de droga cruzan la frontera de México con los Estados Unidos, desde el Golfo de México hasta el océano Pacífico, delineando un extenso territorio en disputa (Fuentes & Peña, 2017). Desde el cannabis, los opiáceos, las metanfetaminas, la heroína, y ahora también el fentanilo, los laberintos del tráfico de drogas en esta región se han hecho cada vez más complejos.

Dada su contigüidad con Estados Unidos, ciudades como Tijuana, Nogales, Juárez, Nuevo Laredo y Matamoros se convirtieron en puntos clave para el tráfico de drogas hacia el país vecino. A partir de ello, fueron estableciéndose corredores y rutas terrestres y marítimas, en las cuales diferentes grupos del crimen organizado establecieron su control y se convirtieron en zonas de disputas con grupos rivales. En el caso de Tijuana, el contexto regional de la ciudad, en conjunción con su historia y la prominencia que alcanzó a raíz de su leyenda negra (Berumen, 2011), contribuyen a la construcción de una de las urbes que más droga consumen en México (Guiot *et al.*, 2009). Además de situarse dentro de uno de los corredores de narcotráfico hacia y desde los Estados Unidos, Tijuana comparte frontera con el estado de California, es decir, una de las entidades con mayor consumo y compra-venta de marihuana, cocaína y metanfetaminas en el vecino país del norte (American Addiction Center, 2019). Por otro lado, la situación migratoria de Tijuana implica procesos de alienación social para todas aquellas personas que llegan sin redes de apoyo sólidas, ya sea desde otros lugares de la república, de América Latina o bien, desde los Estados Unidos como personas repatriadas (Piñeiro, 1990), factor que contribuye al consumo de drogas entre estas poblaciones (París & Pérez, 2013).

Debido a su cercanía con el límite internacional, el cual se ubica a unos pasos del principal cruce de peatones y vehículos México con Estados Unidos, la Zona Norte fue un lugar de tráfico de drogas desde mediados del siglo XX: había opio y marihuana, así como vecindarios y negocios donde se vendían. Esta zona se convierte en un enclave de tráfico de drogas por su cercanía con la frontera, por la estructura

y las dinámicas de quienes viven ahí, y por ser el lugar donde se experimenta y se diversifica la venta y consumo de drogas. Era posible encontrar lo viejo y lo nuevo, en términos de sustancias psicoactivas, las veinticuatro horas de los 365 días del año.

También, un aspecto llamativo de Tijuana es el incremento en el número de consumidores de sustancias psicoactivas. El tráfico y el consumo de drogas incrementó considerablemente desde la década de los setenta, cuando los diferentes carteles del narcotráfico comenzaron sus operaciones de manera sistemática (Astorga, 2003, 2016). Hasta los 70, el número de consumidores locales de drogas no resultaba ser un tema tan importante, más bien estas ciudades fronterizas eran utilizadas como zonas de tráfico. Gracias a la protección brindada por autoridades aduaneras y policiales, grandes cantidades de marihuana y cocaína pudieron evadir las barreras de vigilancia y llegar a su destino en los Estados Unidos. Sin embargo, también es cierto que durante esa misma época en la Zona Norte de Tijuana se ofrecía una gran variedad de drogas a plena luz del día. No fue sino hasta la década de los ochenta que Tijuana experimentó no sólo una reconfiguración de la vida urbana, sino también cambios en las formas de venta y distribución de droga. En esta época, el acceso a la heroína, la cocaína y el LSD se convirtió en uno de los atractivos principales para clientes provenientes de Estados Unidos y consumidores locales. La Zona Norte se convirtió, por supuesto, en un punto nodal para este tipo de transacciones (Hernández, 2013).

Para principios de los noventa, aunque el consumo de cocaína y heroína iba en aumento, la proliferación del cristal se convirtió en el problema más urgente para las autoridades de la ciudad. De la mano con ello, comenzaron a aparecer las “cocinas”, nombre que reciben los laboratorios clandestinos para sintetizar cristal y MDMA. El incremento en el número de “cocinas” se da como consecuencia de la persecución que sufrieron en los Estados Unidos, por lo que Tijuana, justo al lado de la frontera, se convertía en un lugar idóneo para su establecimiento (Hernández, 2013).

Así como surgieron “cocinas”, los lugares de distribución por excelencia eran las “tienditas”, nombre con el que se designaba a las tiendas de abarrotes que además de vender víveres y otros productos, también ofertaban drogas. Aunque mecanismos como “la conecta” diversificaron las formas de compraventa gracias a intermediarios, la Zona Norte siguió siendo un lugar privilegiado para estas actividades. Los impactos y consecuencias de estos fenómenos se pueden constatar décadas después en el alto número de centros de rehabilitación en la ciudad en

comparación con otras localidades de México, así como la cantidad de personas que están ahí por consumo de cristal, hechos que muestran la magnitud que ha adquirido este fenómeno en Tijuana (Hernández, 2013).

Como corredor de drogas, la Zona Norte o uno de sus sitios más conocidos, *La Coahuila*, estuvo sujeta al control de los carteles del narcotráfico, y el manejo de estas sustancias ocurría a través de una red de operación y control, la cual estuvo inicialmente en manos del Cartel de los Arellano Félix (CAF), también conocido como *Cártel de Tijuana*. Décadas después se hicieron presentes otros competidores, provocando disputas violentas y muertes entre pequeños distribuidores. Bajo la consigna de “¿para quién trabajas?”, se anunciaba claramente el marcaje de territorios con líneas de mando y control específicos; nada se podía vender en esos espacios sin el consentimiento del cartel en el poder. En la década de los 90 y principios del nuevo milenio, el CAF tenía un centro de operaciones en la *Zona Norte*, dividido por calles y callejones. Fraccionado en pequeñas células, el trabajo podía desarrollarse en espacios cerrados o abiertos; contaban además con una red de protección policiaca. Muchos ojos vigilaban, de manera que aquellos involucrados siempre estaban en alerta. Años después adquirieron más presencia organizaciones como el *Cártel de Sinaloa* y el *Cártel Jalisco Nueva Generación*, quienes hasta 2021 continúan con disputas territoriales en diferentes puntos de esta frontera y han generado incrementos sustanciales en los homicidios dolosos, colocando a Tijuana entre las seis ciudades más violentas del mundo (Heras, 2021).

Nota metodológica

Los primeros contactos con la Zona Norte tuvieron lugar hace casi cinco décadas desde mi primera visita a la ciudad fronteriza de Tijuana. En ese entonces, gracias a mi labor como paramédico tuve la oportunidad de atender de manera frecuente llamadas de auxilio en dicho lugar, lo cual facilitó un proceso de familiarización no sólo con las dinámicas de esta parte de la ciudad, sino también con algunos de los sujetos de la zona. La alta presencia de usuarios de drogas, la facilidad para conseguir las drogas, la reventa de cosas robadas y el trabajo sexual eran parte importante de las actividades de ese espacio, localizado a escasos metros de la frontera internacional con los Estados Unidos. Esta experiencia formó parte de un trabajo sobre Centros de Rehabilitación en Tijuana realizado entre 2011 y 2012, tomando como punto de referencia importante esta parte de la ciudad (París & Pérez, 2013).

Entre 2015 y 2019, visité varios sitios en la Zona Norte, con la intención de conocer más sobre los lugares de origen, los motivos y las causas por las cuales diferentes sujetos de la Zona se encontraban insertos en los mundos de las drogas o el delito. Las redes de apoyo y de contactos establecidas a lo largo de cinco décadas facilitaron mi acceso a los relatos de quienes fueron entrevistados, razón por la cual algunos testimonios abarcan diferentes temporalidades que constatan la importancia del contexto y del paso del tiempo en la conformación del imaginario sobre este punto de la ciudad (Jelin, 2014). Las entrevistas semi-estructuradas para obtener la información necesaria cubrieron tres aspectos generales y se hicieron desde la perspectiva de los relatos de vida (Bertaux, 1989), con la intención de conocer la trayectoria de cada persona y tener luz sobre los motivos de su llegada y permanencia en la Zona Norte. El primero de los aspectos se destinó a los datos generales de la personas, abordando temas como la edad, lugar de origen o estado civil; un segundo aspecto cubrió la experiencia del entorno familiar y educativo, con la intención de que los entrevistados desarrollaran sus propios relatos sobre ellos y sus familias; el tercer rubro se centró sobre la experiencia de ingreso y trabajo en la Zona Norte, en el que se abordaron temas como los primeros contactos con las drogas, el consumo y la realización de prácticas ilegales o ilícitas, así como las expectativas a futuro de las personas.

Las entrevistas semi-estructuradas y el enfoque de los relatos de vida fueron pertinentes debido a la flexibilidad que permiten cuando el tipo de información que se busca obtener tiene el potencial de ser delicada o se encuentra en contextos de alto riesgo. Así, con un guion de entrevista memorizado, es posible extender conversaciones casuales para encaminarlas a un punto en el que sea posible obtener la información relevante para el estudio (Trindade, 2016).

Por otro lado, para Aceves, los relatos de vida son “espacios de contacto e influencia interdisciplinaria (...) que permiten, a través de la oralidad, aportar interpretaciones cualitativas de procesos histórico-sociales” (Aceves, 1994, p. 143). El relato de vida hace que la historia de los sujetos se vuelva más accesible, a diferencia de realizar historias biográficas, en donde la experiencia puede resultar abrumadora, o bien, puede ser más complicado de acceder a ella. Una ventaja de los relatos de vida consiste en el espacio de maniobra que ofrecen al investigador, pues la experiencia de los sujetos puede ser contada de forma fragmentada o parcial y retomada como parte

de una realidad más abarcadora (Mallimaci & Giménez, 2006, p. 176). Los relatos de vida expresan el gesto de ponerse a la escucha del otro, no solo transcribiendo lo que dice, sino recreándose en el propio universo de quien relata, creando atmósferas, detallando prácticas y desplegando testimonios a través de la narración situada.

Además de la centralidad en los relatos de vida, otras formas en las que se obtuvieron datos e información fueron: a) observación directa, mediante recorridos por la Zona Norte; b) conversaciones con personas que tuvieran relación con los circuitos delictivos o que fueran usuarias de drogas, y c) comunicaciones personales y diferentes tipos de entrevistas de corta y media duración con informantes.

Respecto al número de personas con las que se realizaron entrevistas a profundidad, es importante mencionar que el número varió en función del tipo de actividad desempeñada por cada uno de los sujetos. Para el caso de sujetos ligados al consumo de drogas y actividades delictivas, se realizaron 8 entrevistas; Para personas ligadas al trabajo sexual, se realizaron 10 entrevistas a profundidad con una duración variada, dependiendo del caso y del número de encuentros. La mayoría de las entrevistas, con excepción de dos casos, se realizaron en la vía pública sin la utilización de grabadora ni equipo electrónico de registro, dado el contexto de riesgo que representa la Zona Norte de Tijuana. La manera de registrar la información fue a través de un diario de campo, y cuando fue posible, usando la grabadora en el teléfono.

Pese a contar con una gran cantidad de información recopilada durante las incursiones a la Zona Norte, para este artículo se hizo una selección que incorporó los relatos de cuatro hombres y dos mujeres relacionados al consumo de sustancias ilícitas y también a actividades delictivas y trabajo sexual. Para el análisis de las entrevistas, el foco de atención se postró sobre tres grandes categorías: el oficio que realizaban, asociación con actividades delictivas y tipos de consumo de drogas. Hacer trabajo de campo en esta zona, así como recopilar los relatos que se incluyen, implicó un reto ético y metodológico debido a las condiciones de secrecía, anonimato y cautela. Ninguna de las personas con las que conversé se negó a dar información, aunque se requirió generar condiciones de confianza para realizarlo, por ello fueron necesarias varias sesiones. La mayoría de estas personas estaban dispuestas a contar su historia bajo el anonimato, por lo que sus nombres verdaderos fueron sustituidos.

Operación del microtráfico en la Zona Norte: droga, actividades ilícitas y dinero

Como se ha referido, desde la segunda mitad del siglo XX la Zona Norte ha sido un corredor y espacio de tráfico de droga. La distribución de marihuana en sus calles y callejones contribuyó al establecimiento de una práctica que pronto se sumó a la vida cotidiana del centro de Tijuana: la compraventa de drogas no solo a través de “conectes”, sino también en tienditas de abarrotes y bares de la zona. Esta situación también impactó las restricciones que los dueños de negocios tuvieron respecto al consumo y compraventa de drogas. De acuerdo con el testimonio de Alex, joven usuario de drogas y dedicado al microtráfico en la zona centro de la ciudad, de pronto algunos lugares y bares se volvieron referentes de consumidores locales y turistas que visitaban Tijuana, al ser espacios que se mostraban abiertos y permisivos respecto a las drogas, pese a su estatus ilegal. Así, en la Tijuana de los últimos años se sabía de voz a voz, que el bar Zacazonapan, en el borde de la Zona Centro y la Zona Norte, constituía uno de los paraísos para consumir marihuana abiertamente; se sabía también que el bar Mi Pueblito, sobre la avenida Revolución, conformaba otro de espacio en el que, además de que se podía consumir drogas de mayor impacto, como cristal y heroína, también funcionaba como punto de encuentro para narcomenudistas que vendían cantidades menores de droga en diferentes puntos de la ciudad. Pero existían muchos lugares y bares más, en los que ya fuera en los baños o en tu mesa, ofrecían lo que el cliente pidiera (Álex, narcomenudista, comunicación personal, 2018).

Situada en la parte sur de la Zona Centro, la Zona Norte representó una ruta o corredor que conectaba a varias colonias y barrios populares de la ciudad. Por ello, la popularidad de la Zona Norte como lugar de conexión de drogas fue creciendo. De manera personal o en parejas, los consumidores circulaban caminando cerca de tres kilómetros de la parte alta de Tijuana entre cerros y cañones, hacia la parte baja de la ciudad. Con señas o palabras clave corría la voz de lugares donde se podía conectar. Lo interesante de ese mundo, como lo menciona Álex, era que “en la forma de caminar se conoce qué droga se meten”, un detalle notorio en usuarios de heroína (Álex, comunicación personal, 2018).

A partir del relato de Álex y después de varios recorridos de campo, se pudo constatar que varias calles y callejones de la Zona Norte son usados para el consumo de drogas. Desde épocas antes se sabía esta zona era el eje de conexión entre la zona poniente y oriente de la ciudad, y un puente de conexión inmediato para que

aquellos que cruzaban desde California para conseguir drogas. Ese espacio también fue un punto privilegiado para la operación y venta de productos ilegales. Trátese desde vehículos, artículos de casa, electrodomésticos, herramientas, computadoras o teléfonos celulares. El robo de oportunidad, quebrando cristales o también por asaltos, era realizado por los propios consumidores en diversos puntos de la ciudad, bajo la idea de que sería muy fácil su comercialización en la Zona Norte. Además, otros usuarios tendían a robar cables de cobre y todo tipo de materiales que puedan llevar a plantas recicladoras para obtener dinero. La proyección de la Zona Norte y algunos de sus bares como puntos para la venta y consumo de drogas, ha generado visibles efectos como el aumento en el número de usuarios a drogas sintéticas como el cristal o la heroína, y también, el riesgo y la violencia que provocan actividades delictivas como robos y asaltos, especialmente durante la noche. Por ello, en el caso específico de esta zona de Tijuana, se puede afirmar que debido a la alta cantidad de usuarios de drogas sintéticas que buscan satisfacer su consumo, la lógica del proveedor-cazador (Kessler, 2004; Merklen, 2000) se hace presente a través de prácticas que buscan, a como dé lugar, satisfacer su consumo, por lo que dichos sujetos son los más propensos a delinquir o violentar debido a las necesidades psíquicas y físicas que demanda su nivel de adicción (Soto, 2015; Dammert, 2009).

Ladrones y policías: escenas cotidianas de delitos comunes en la Zona Norte

Aunque en la Zona Norte vive una población diversa en cuanto a oficios y profesiones, que no necesariamente está vinculada con los mundos de las drogas o el delito, de la misma forma en este espacio se ha tornado común ver a personas empujando carros con chatarra, deambulando entre los callejones, o reunidas al pie de la banqueta esperando a que llegue el vendedor de su dosis. También es común que al oír un silbido o grito de advertencia que alerta sobre la presencia policiaca, todos busquen ocultarse de la policía, la cual tienen fama de extorsionarlos o aprehenderlos, aun cuando no estén cometiendo ilícito alguno.

El testimonio de Lalo es ilustrativo en narrar cómo transcurre la cotidianidad de algunos ladrones en la Zona Norte. Lalo tiene más de 40 años y cuenta con un empleo formal. Aunque él no se dedicó a robar, durante su juventud estuvo vinculado al consumo de drogas y la vida delictiva de la zona desde el tráfico de personas; experiencia que lo llevó a conocer a personajes de todo tipo, de modo particular,

aquellos ladrones que delinquen para satisfacer su consumo y que desde su relato él nombra como “viciosos”:

Pues los viciosos, salen a buscar porque traen “la malilla”, se tienen que curar, dicen ellos y para solventar ese gasto tienen que robar o hacer lo que sea necesario, no les importa quién o dónde. Entonces, por la noche no duermen. Esperan a que se le “duerma” a alguien y con el taladro, o arrebatar la bolsa, o le avientan la llave china, esa muy famosa ahí por esa zona, y pues todo para la droga, se van con todo, no les importa, hasta la misma familia roban si no hay nadie más. (Lalo, empleado, comunicación personal, 2019)

El incremento de consumo de drogas sintéticas como heroína y cristal ha llevado a visibilizar este fenómeno en la zona debido a un gran número de personas que hacen lo que sea necesario para conseguir sus dosis. Tal y como se muestra en el relato anterior, para el ladrón que busca satisfacer su consumo, no importa ni cómo, ni cuándo, ni a quién robar, lo principal es proveer su dosis, y si la vía del delito es el camino más rápido, se asume independientemente del riesgo o castigo que conlleva. En el caso particular de la Zona Norte, las propias condiciones de este espacio en relación con prácticas de ilegalidad, facilita deshacerse de los artículos robados o que son producto de asaltos, siendo que hay personas a las que acuden los ladrones para vender este tipo de mercancía. Frente a la pregunta de qué se hacía con robado, Lalo respondió:

Pues si es en especie lo cambian por la misma droga, ahí mismo con las mismas personas o con una señora que compra. Si es una cadena, un reloj, o algo que se quiera, ahí mismo lo cambia. Ella le da un valor, el valor que ella le da. Y si iban a comprar 100 [pesos] de droga, el reloj vale 300, se le vende más barato a ella y ellos con tal de agarrar la droga se lo dejan. No ocupan ya irlo a vender porque aparte se van a aventar otro problema. Se van a exponer a que los agarre la policía con el material robado, entonces mejor van directamente y saben que ahí se lo agarran. Esa señora tiene una bodega ahí de cosas robadas y no le hacen nada. (Lalo, empleado, comunicación personal, 2019)

La existencia de este tipo de intermediarios en la Zona Norte facilita que las personas se puedan deshacer de lo robado, por lo que esta actividad se convierte en una fuente rápida de ingresos, aun con la tarifa arbitraria que asigna el intermediario, quien

también hace negocios con ladrones y, en cierta forma, perpetúa la existencia de esta práctica, ya que como se deja ver en el relato, existen además “bodegas de cosas robadas” a las que van a parar este tipo de artículos. Por otro lado, en cuanto a estrategias para cometer delitos como robos, así como los posibles encuentros con la policía, Lalo relató lo siguiente al describir cómo era el antes y el después al momento de quebrar el vidrio de un auto para robar el interior:

Pues antes se cuidaban de hacerlo con una bujía para que no haga ruido, porque esa quiebra y no hace ruido, pero ya ahora les vale, o sea, miran la bolsa, al mirar algo de valor, con la piedra, con la mano, con lo que sea, traen hasta marritos, ellos andan preparados y listos para robar. Ellos no andan buscando trabajo, andan buscando para robar. Si va pasando por una casa y está un perico en una jaula, se lo lleva, si está un pantalón o unos tenis, se los llevan, si está el carro con algo, quiebran el vidrio, lo que fuera lo roban. ¿Y luego la policía entonces qué hace?

Pues los agarran, pero ellos mismos ya saben, luego luego se mira quiénes son los viciosos, por su apariencia, sobre todo, qué clase de droga usan, porque uno que usa cristal es diferente a uno que usa la chiva [heroína], porque los que usan la chiva se están durmiendo, están más pasivos. Y los que usan cristal, no, esos están más activos, entonces ellos saben. Ellos saben cuándo la van a comprar y cuando ya la traen, porque cuando todavía no la compran andan ansiosos. ¿Y qué hacen con lo robado? pues se lo quitan, si lo agarra la policía también se lo quitan. Si es algo leve pues órale, se lo quitan y se van, porque si no, se los llevan y luego los sueltan, ya hasta los conocen. Si les conviene se lo quitan y se van, se lo quitan y lo dejan libre. (Lalo, empleado, comunicación personal, 2019)

En los pasajes anteriores se reafirma de nueva cuenta cómo esta lógica del proveedor-cazador está presente en los usuarios de drogas que delinquen principalmente para satisfacer su consumo, no importándoles hacer “trabajos limpios” por así decirlo, sino arriesgándose a conseguir sus propósitos pese a los riesgos, condición que se relaciona con el “cortoplacismo de las estrategias” que menciona Kessler (2004) para describir la lógica del proveedor. También en estos pasajes quedan enunciadas algunas diferencias entre consumidores, según el tipo de droga que consumen. Tanto en el relato de Lalo como en su alusión a los policías hace una diferencia entre usuarios de heroína y cristal, quienes han aprendido a distinguirlos según el tipo de droga que consumen y sus efectos.

Adicionalmente, un complemento a este apartado, y que se concatena con los testimonios de Lalo es el siguiente, el cual se trata de un relato durante mis observaciones de campo en la zona norte. A partir de mis recorridos, conversaciones y comunicaciones personales, se construyó el siguiente relato para ejemplificar la cotidianidad entre delitos y drogas en la Zona Norte.

Son las 6 de la mañana y apenas está por salir el sol. Estamos situados en la calle Michoacán, a unos cuantos metros del límite internacional con Estados Unidos. Un grupo de tres personas caminan rumbo al bordo fronterizo a comprar su dosis. El dinero lo consiguieron después de vender a un comprador de la zona artículos que habían robado por la noche. El método utilizado era el mismo de siempre: romper cristales de los autos para sustraer lo que hubiese dentro. Esta vez fue un estéreo, una maleta con ropa deportiva para gimnasio y una caja de herramientas. Quizá no fue mucho, pero les alcanza para hacer el conecte. Al llegar a la esquina de la calle Constitución en la Zona Centro de Tijuana, se les apareció una camioneta de color blanco, franjas azules y torretas, unidad de la policía municipal. La pareja de policías portaba pasamontañas, de manera que no se hacía visible su cara. Las tres personas de ese grupo son detenidas, dos hombres y una mujer. Aunque aún no habían ingerido la droga que compraron y tampoco portaban pertenencias o cosas de valor, para la policía cumplen la figura de sospechosos. Los tres son esposados y subidos a la unidad. Después de haber sido catalogados por un juez municipal como “infractores” de una falta administrativa, estas tres personas serán privadas de su libertad por un periodo de 24 horas en la cárcel municipal. Al cumplir con su infracción, seguramente volverán a sus actividades cotidianas.

La Estancia Municipal de Infractores, conocida como “La Veinte” por estar ubicada en la Colonia 20 de Noviembre, es una cárcel municipal que vino a reemplazar a la histórica cárcel de Tijuana ubicada en la calle Octava de la zona centro, antes conocida como “La Ocho”. Esa nueva estancia municipal trabaja las 24 horas del día recibiendo a personas detenidas, y que generalmente llegan en grupos de 6 a 10 detenidos. En toda la Zona Norte, y a distintas horas del día, la policía suele hacer revisiones y capturas de personas para llevarlos a “La Veinte”. A veces las cifras de detenidos en esta zona rebasan a las 100 personas por día, dependiendo de los índices de productividad que los comandantes de policía tracen a sus subalternos,

ya que esto, hace apenas tres años se reflejaba en premios y estímulos económicos para los policías. Aunque no todos los policías siguen este criterio, lo cierto es que cotidianamente existen detenciones arbitrarias de personas consideradas sospechosas según el perfil que les imputa la policía.

Para los usuarios de drogas de la Zona Norte, las detenciones, extorsiones, maltratos y golpes por parte de policías suelen ser hechos cotidianos. Algunas veces les son requeridas las drogas que portan en sus cuerpos, otras, les son confiscadas las cosas que hubiesen robado. Dado que se trata de delitos menores, estos no alcanzan penas de cárcel por larga estadía. A veces la pena se paga con trabajo comunitario, como realizar limpieza de maleza y basura en áreas verdes de la ciudad, avenidas o vías rápidas. Otras veces, estos hechos sí llegan a ser sujetos de una multa económica. En ocasiones, también la policía opta por no llevarse a ciertos detenidos cuyo deterioro mental por el alto consumo de drogas es visible, y que en ciertas ocasiones se tratan de casos que requieren de atención psiquiátrica o viven como habitantes de calle.

Los llamados “tiradores” o vendedores de droga pueden recibir otro trato. Inclusive pueden ser detenidos y remitidos a la fiscalía federal para hacerles un proceso, especialmente si no trabajan para un operador que haya pagado protección policiaca. Por otro lado, el robo a hogares o negocios sin uso de violencia o el romper cristales de autos son los hechos más comunes para quienes cometen un delito y que buscan algo de dinero. De manera que obligadamente al hablar de la conexión entre drogas y delitos tenemos que hacer referencia a que existen delitos y delincuentes de diferentes rangos y campos de acción. La conexión entre delitos de alto y bajo impacto es un referente necesario en esta distinción, tal y como lo indica Dammert (2009) para identificar los distintos tipos de violencia.

También es cierto que muchos de los artículos robados por usuarios de droga terminan por ser comercializados en la Zona Norte, o adquieren un estatus legal al ser vendidos en las Casas de Empeño, o también, ofertados en plena vía pública por comerciantes de puestos callejeros. Esto es posible de observar en el tianguis o mercado “sobre ruedas” de la Zona Norte, el cual opera los siete días de la semana desde el amanecer hasta que anochece, en un amplio espacio que abarca cinco cuadras desde la calle primera hasta llegar a 20 metros del muro fronterizo en la Zona Norte.

Nuevas adicciones: redes de microtráfico, venta y consumidores

En la Zona Norte el consumo de cristal disparó las alarmas, pues esta sustancia se convirtió en la droga más utilizada. Al grito de “¿cuántos, cuántos?”, los vendedores o tiradores ofrecían en las calles de esta zona las dosis o “globos” con cristal. Los movimientos del vendedor suelen ser rápidos, en segundos entrega los *globos*, recibe el dinero de la venta y el comprador la guarda. Aun siendo una acción criminal, esta actividad genera empleos para muchos jóvenes de esta zona, en donde existen varios oficios y roles bien definidos entre los que pueden encontrar los siguientes:

- a. El que arma las dosis: trabaja en locales o en casas; su función es separar y armar cada globito de cristal, los cuales se envasan en un pequeño pedazo de plástico, que después es sellado con calor. La medida estándar para comprar cristal al medio mayoreo está calculada en onzas, según medida americana. Un 8 ó un 16 hacen referencia a las medidas con las que se trabaja tanto en México como en Estados Unidos. De un 8 salen 100 globitos. A cada tirador se le reparten de 50 a 100 dosis por día. Para su distribución, hay una red de transportes, entre taxis, motos y autos particulares.
- b. El tirador tiene una red de venta bajo dos figuras: algunos trabajan por comisión, otros lo hacen para solventar su consumo personal. El tirador puede ofrecer también otros productos. Si ya quieres algo más fuerte, como heroína, el vendedor te conecta con otra persona. Los tiradores son en su mayoría jóvenes y su edad de entrada a este mundo varía: hay quienes lo hacen a los 15 años pues trabajan en escuelas de educación media. El tirador generalmente suele estar acompañado de dos o tres personas que actúan como vigilantes. Desde luego hay un amplio número de trabajadores cuya función es ser informante o espía, con el poco dinero que reciben logran solventar su día.
- c. El jefe de esa red es casi invisible, pocos lo conocen, puede ser hombre o mujer, generalmente usa un apodo. Si bien, el imaginario sobre el aspecto de narcotraficante de mediano rango es una serie de estereotipos en cuanto a vestimenta y consumo cultural, la realidad es que estos personajes se vuelven indiscernibles de una persona “común y corriente”. En cuestión

de apariencia y vestimenta, esto ha cambiado pues ya no suelen ser los denominados “buchones” de antes, personas que usan ropa de marca, joyería y accesorios estrafalarios, emulando estilos de la cultura narco.

A su vez, los compradores de cristal han comenzado a diversificarse en términos de edades, género y oficios: aunque la mayoría son jóvenes, también hay clientes de más de 50 años y un número creciente de mujeres. En términos de actividades, existen personas en condición de calle, pasando por trabajadoras sexuales, meseros y porteros de bares; operadores de maquiladora, vendedores ambulantes y guardias de seguridad. El tipo de consumo también es variado, clasificándose coloquialmente como: iniciado (una dosis por evento o fines de semana), consolidado (una dosis por día) y atascado (de tres a cinco dosis por día) (Álex, narcomenudista, comunicación personal, 2018), caracterización que se relaciona con los tipos de usuarios que propone Soto (2015), en cuanto al uso, al abuso y la adicción. Algunos de los usuarios de cristal combinan su uso con alcohol, lo que les hace resistir más bebidas y mantenerse despiertos durante la noche y la madrugada.

“Sin ser el típico buchón”. Relato de un joven sicario y consumidor de drogas

La Zona Norte es sin duda un espacio de acción para muchas de las personas vinculadas a delitos de alto impacto, como sicarios, secuestradores, polleros y traficantes de droga. Para algunos de ellos, representa, digamos, su espacio de diversión, donde abundan las mujeres, alcohol y sustancias de todo tipo. Sin duda, las disputas por el control del mercado de drogas arrojaron una espiral de violencia en las ciudades fronterizas de Tijuana y Mexicali, incorporando a estas actividades criminales a jóvenes de clase media sin antecedentes delictivos. Algunos de estos jóvenes lograron establecer una carrera exitosa dentro del mundo criminal, como lo podemos constatar en el testimonio que me compartió Manuel, un joven sicario que actualmente sigue operando en Baja California.

Lo primero que compartió es que todo comenzó muy rápido. Abandonar la escuela y entrar a ganar dinero de manera inmediata fue para él un nuevo proyecto de vida. Proveniente de una familia numerosa (padre, madre y cinco hermanos), su padre fue un comerciante próspero en el sur de Sonora. Manuel tenía una vida próspera, rodeado de comodidad, educación y buena vivienda. Después de concluir la

preparatoria entró a una universidad privada para cursar la carrera de Ingeniería Industrial. Su objetivo inicial era convertirse en gerente de una empresa. Solo logró cursar el primer año de estudio, a la edad de 20 años comenzó a juntarse con amigos que consumían drogas. Ellos fueron sus maestros en esos oficios; primero probó marihuana y fumaba tabaco. Después vino la fiesta, aparecieron las chicas y amigos con camionetas de lujo. En ningún momento se preguntó si estos vehículos eran comprados o robados. El dinero parecía brotar de todos lados. Él me relató que para andar siempre arriba implicaba meterse una droga, fue así que probó la cocaína. Cuenta que le gustó mucho, primero comenzando con unos ligeros pases, pero después ya requería de mayor cantidad. Ese polvo blanco le daba fuerzas, lo inspiraba a cosas y le quitaba los miedos. Después supo que sus amigos trabajaban para un conocido jefe del narco, bien posicionado y con gente que le trabajaba en varias zonas. Tuvo su primera aventura. Se trataba de proteger el traslado de un cargamento de droga de un pueblo hacia una ciudad vecina. Para ello recibió un rifle *cuerno de chivo*. Cuenta que ni siquiera sabía cómo disparar. Les pagaron bien por ese trabajo. De manera que imaginó que podría dejar la escuela y dedicarse a eso. Pero pronto se volvió más adicto a la cocaína, a veces llegaba gratis, otras tenían que comprarla. Un amigo suyo recibió el encargo de ser jefe de una célula, así que lo invitó a trabajar con él. Recibió un adiestramiento rápido. Pero el trabajo no solo era manejar y transportar droga, sino también sacar del camino a gente “*chacalosa*”, es decir, aquellos que trabajan con la competencia o para otros patrones. La primera ejecución que le encomendaron le costó trabajo, le dio tres tiros en el tórax y para no errar, un tiro de gracia. Después vinieron muchos más, algunos de ellos le costaron trabajo y corrió peligro para sacarlos de circulación. Su trabajo se centró en Baja California, moviéndose de ciudad en ciudad según fuese necesario; por algunas personas a las que privó de la vida le pagaron bien, pero otros, para él, no valieron la pena. De la gente que trabajaba para su célula casi todos se hicieron consumidores de cristal, una droga muy barata, pero él siguió siendo fiel a la cocaína. Cuenta que nunca le gustó mucho eso de ser el típico “*buchón*”, el tipo de ropa, música e inclusive las mujeres que elegía eran bajo un estándar más selectivo. Aunque al momento de la entrevista llevaba cinco años en este mundo nunca ha caído en la cárcel, concluyendo que por fortuna Dios y por su buena apariencia lo ayudan a continuar trabajando en esta región (Manuel, joven sicario, comunicación personal, 2018).

El relato de Manuel muestra cómo su integración al mundo del delito y al consumo de drogas encuentra un conjunto de circunstancias sociales propicias que lo llevan a ir adaptándose a este estilo de vida. Los contactos gracias a amistades lo introducen primero a los circuitos del tráfico de drogas, y posteriormente él se vuelve consumidor de cocaína. Pasada esta primera faceta, escala su involucramiento en el narcotráfico a un nivel criminal como asesino, cuya apariencia juvenil, con buena educación y alejado de estereotipos convencionales de la cultura narco, le otorgan el camuflaje idóneo para seguir con sus actividades.

Miradas desde el trabajo sexual y otros actores inadvertidos

Al momento de entrevistarla, la Chapa es una mujer de unos 24 años, originaria de Guasave, Sinaloa. De piel y de ojos color miel, un delineado cuerpo y cabello largo. Por lo general vestía al estilo vaquero, botas, jeans y blusas cortas que hacían lucir su vientre. Nadie podría imaginar que había tenido tres hijos. Comenzó a venir a la frontera de Tijuana para sacar adelante a la familia. Su pareja había caído nuevamente a la cárcel, esta vez había sido recluido por robo con violencia. Su adicción a las drogas lo presionaba para obtener dinero, y hacía todo lo posible para conseguirlo. Chapa sabía que en Tijuana había trabajo, al llegar a esta ciudad buscó empleo en una fábrica. Por medio de amigas y una hermana se enteró del trabajo en los bares de la Zona Norte. Ahí podía fichar, tomar y bailar o hacer cuartos, es decir, tener sexo a cambio de dinero. La primera noche le fue bien, logró juntar 300 dólares. Su meta era llevar dinero para ver la forma de que a su pareja lo pusieran pronto en libertad. A pesar de que su pareja se había metido al uso de heroína, ella había decidido no probar ninguna droga. Tampoco hizo lo que otras mujeres hacían por sus parejas, introducir en su cuerpo droga para dejársela en la prisión. Las presiones económicas crecieron, ella siguió con sus viajes a Tijuana para continuar sus labores en el trabajo sexual. Pero de pronto las redes de contacto criminal de su pareja aparecieron a larga distancia. Surgió una oportunidad de un nuevo negocio: comprar en Tijuana vehículos robados en Estados Unidos, e introducirlos de forma ilegal al sur de México. El riesgo principal era transitar unos 300 kilómetros de autopistas carreteras y saltar retenes de vigilancia fiscal y policiaca. Al llegar a Puerto Peñasco, Sonora, vendría otro reto: transitar con el vehículo robado en un camino de brecha por el desierto. Aquí el riesgo principal era cruzarse con los narcotraficantes, con lo cual podría sufrir una violación o perder la vida. Ese negocio comenzó a hacerse muy activo, pero muy riesgoso.

Por causas del destino su pareja fue liberada, pero fue un sueño que duró poco tiempo. Dicho personaje, junto con una banda delictiva local, realizaron el robo de un negocio. Para su desgracia, la policía estatal los capturó a todos. Volver a prisión fue su destino, pero Chapa siguió consiguiéndole a su pareja dinero para que éste consumiera drogas. Era como un pacto difícil de romper. “No sé si fue un castigo de Dios o algo que el destino puso en mi camino” (Chapa, trabajadora sexual, comunicación personal, 2017).

Tania es una trabajadora sexual que labora en un bar de la calle Coahuila, tiene 22 años y por medio de sus amigas se hizo consumidora de cristal. Antes solo tomaba cerveza, sus amigas la convencieron de que el consumir cristal la iba a poner bien y ganaría más dinero. Narra que en una de esas noches de trabajo decidió probar, se lo ofrecieron sin pagar nada. El probar uno de esos globitos le dio mucha energía, nada de sueño, podía tomar lo que quisiese. Entre el grupo de amigas había unas ya veteranas en el uso de cristal. Finalmente, Tania terminó consumiendo cada vez más dosis y tuvo que ser canalizada por medio de su mamá a un centro de rehabilitación en Ensenada, en su testimonio ella relata lo siguiente:

Yo y mi mamá nos venimos hace casi dos años a Ensenada escapando cada una de la adicción al cristal de nuestras parejas, mi papá era marinerero en Sinaloa y le iba a bien, pero por esas cosas de los amigos se fue metiendo a consumir esa droga. Mi pareja, porque no nos casamos de hecho tuvimos un niño y una niña, que ahora viven conmigo. Él es una persona joven, tuvimos una relación de tres años, pero por las metanfetaminas comenzó a robar. La ilusión de nosotras fue salirnos de ese infierno en el que vivíamos. Ensenada nos pareció un lugar tranquilo para vivir, ya la conocíamos y seguramente conseguiríamos trabajo. Rentamos una casita, yo comencé a trabajar en un Oxxo, pero lo que me pagaban no me alcanzaba para cubrir todos los gastos de casa. Pero ya ves que uno siempre se topa con amigas que le pintan a uno las cosas de otra manera. Una de ellas me dijo que por qué no probaba ir los fines de semana a trabajar en la Coahuila en Tijuana, que ganaría buen dinero y me brindarían hospedaje gratuito. Fue así como llegué un viernes al bar *El Tropical*. El gerente me recibió y me dio el visto bueno para entrar a trabajar. La primera noche tuve nervios, pero me fue bien. Como era nueva me llovían los clientes. Pasaron varios fines de semana y fui conociendo más chicas. A la mayoría de mujeres les caí bien, pero las desveladas, el tomar, fumar y bailar me terminaban agotando. Yo siempre juré que nunca iba a probar el cristal porque sabía lo malo que era, pero

ya ves una siempre termina en lo que no quiere. Una noche una amiga me ofreció probar un globito, porque me quitaría el sueño y me daría energía. Malamente que lo hice, después comencé a pedir más. El mesero era el que te los conseguía. Dejar el cristal era difícil, pensé en el riesgo de perder a mi mamá y a mis hijos, pero el vicio pudo más. Comencé a dejar de dormir, perdí peso, ya ves que soy flaquita, imagínate cómo veía. Ya no tenía dinero, hasta tuve que vender mi celular. En una de esas mi mamá me miró tan mal que me llevó a internar en un centro de rehabilitación. (Tania, trabajadora sexual, comunicación personal, 2017)

Debemos de pensar que el mundo del trabajo sexual no solo es un ambiente exclusivo de mujeres, también están presentes hombres e integrantes de los colectivos de la diversidad sexual. En medio de estas historias resalta el caso de una pareja homosexual, cuyo testimonio compartió Javier. Javier y su pareja se conocieron en la calle, uno ofrecía sus servicios sexuales en forma ambulante en una de las calles de la Zona Norte, el otro trabajaba como taxista. Después de un tiempo se convirtieron en una pareja formal y se fueron a vivir juntos. Cada uno siguió desempeñando su trabajo de manera normal, sólo que el taxista comenzó con una adicción a las metanfetaminas y el cristal. Como su trabajo era de noche, Daniel se mantenía bastante activo ofreciendo sus servicios a trabajadores sexuales. Por su parte, su pareja taxista hacía entrega a domicilio de dosis de cristal u otras drogas. Todo eso Daniel lo veía como algo normal, pero el taxista fue aumentando su consumo de cristal, comenzó a robar y conseguir como fuese dinero para comprar sus dosis. Al final terminó viviendo en la calle, y deambulando como vagabundo. (Daniel, trabajador sexual, comunicación personal, 2017)

Los relatos y testimonios de Chapa, Tania y Daniel, ofrecen un vistazo a los efectos por el consumo de drogas, singularmente cristal, en la Zona Norte. En este espacio muchas historias rondan en torno a los usuarios de esta sustancia, pero son notorias las diferencias en las trayectorias de vida según la droga y el tipo de consumo que practiquen. Lo que se puede extraer de estos relatos, partiendo de la reflexión inicial respecto a los vínculos entre trabajo y delito, y también la relación entre droga y delito, es que en los casos de las trabajadoras sexuales, el ámbito de socialización en el trabajo favoreció el contacto y el consumo continuo de cristal, como se muestra en la pasaje de entrevista de Chapa. También destaca la influencia de la pareja sentimental o la familia nuclear en este proceso, quienes juegan un papel crucial en el aumento o no del consumo de estas sustancias, fungiendo también como

piezas clave al momento de buscar la rehabilitación, tal y como ocurre en el relato de Tania, o también en el caso particular de Daniel, donde él era un consumidor ocasional pero su pareja sí se convirtió en un adicto, causando secuelas graves a su vida que lo llevarían a vivir en la calle. En todos estos casos, se aprecian los matices que permiten ubicar diferencias asociadas a los patrones de consumo, el tipo de droga que se usa y su relación directa o indirecta con el mundo del delito. Por estas razones, se distingue que los entrecruces entre droga y delito deben partir de lecturas situadas y análisis relacionales, estableciendo distinciones y escalas de complejidad según cada caso estudiado, evitando así una homogeneización que tiende a establecer un vínculo directo entre droga y delito. A partir de los relatos y experiencias compartidas se puede apreciar esta complejidad.

Reflexiones finales

Como se indica en el título del artículo y de acuerdo con lo planteado antes, la frágil frontera entre los mundos de las drogas y el delito a veces pareciera disolverse y formar parte de un mismo fenómeno, sin embargo sus propias singularidades como prácticas, discursos, efectos individuales e impactos sociales los sitúan como mundos separados pero con múltiples y cambiantes puentes de relación.

Al retomar el objetivo inicial, este estudio buscó mostrar las relaciones entre los mundos de las drogas y el delito en la Zona Norte de Tijuana a partir de relatos de vida y experiencias de campo de personas que vivían o trabajaban en este espacio. El estudio fue realizado durante el periodo de 2015 a 2019 y se realizaron entrevistas, comunicaciones personales y diferentes recorridos de campo que ayudaron a conocer mejor el contexto, los oficios, las prácticas, los sujetos, y en conjunto, las dinámicas y efectos más visibles en cuanto a la concurrencia de delitos en este espacio y las personas relacionadas a ellos.

A partir de este conjunto de información y experiencias, se procedió a establecer distinciones de los casos entrevistados, haciendo una selección de seis casos (cuatro hombres y dos mujeres) para el presente trabajo. Aportes teóricos desde la sociología del delito, los estudios sobre patrones de consumo y las relaciones entre drogas, delincuencia y violencia aportaron matices críticos para el análisis de los casos. También, la discusión sobre el vínculo entre persona, contexto y tipo de droga del que se dispone, estuvo presente en la articulación del contenido.

Uno de los primeros puntos que articulan la frágil frontera entre drogas y delito en la Zona Norte de Tijuana, lo otorga la propia condición fronteriza de la ciudad, al ser límite internacional con California, Estados Unidos, y cuyo desarrollo histórico ha estado ligado a la ilegalidad desde sus inicios como poblado fronterizo que satisfacía la diversión de turistas estadounidenses. Los circuitos de la ilegalidad en Tijuana como las modalidades y tipos de tráfico han aumentado exponencialmente a lo largo del tiempo aprovechando los beneficios económicos que otorga la cercanía con EE. UU., fenómeno en el que también se inserta el tráfico de drogas y todas las secuelas de delitos, violencia e impactos contra la salud que este deja.

Por otro lado, siguiendo con la reflexión teórica, otra característica de la frágil frontera entre drogas y delito son las relaciones entre delito y trabajo y drogas y trabajo, las cuales en ocasiones se superponen y establecen vínculos de todo tipo que tienden a desdibujar ambos mundos desde la experiencia de vida de los sujetos. De modo singular, la diferencia entre la lógica del trabajador frente a la lógica del proveedor (Kessler, 2009) para el caso de la Zona Norte es adecuada en su lectura, sin embargo esto varía de acuerdo con la experiencia de cada sujeto, siendo que también pueden operar dentro de ambas lógicas durante extensos periodos de tiempo. Por ejemplo, personas que alternan su trabajo formal con actos delictivos, o que son frecuentes consumidores de drogas al tiempo que mantienen una fuente de ingresos considerada legítima. Las relaciones y posiciones en una lógica o en la otra, no tienden a ser claras sino en constante movimiento frente a las distintas necesidades que requieren ser satisfechas.

A su vez, en cuanto a las entrevistas y relatos que se incluyen en este trabajo, el criterio giró en torno al vínculo entre consumo de drogas y actividades delictivas, precisamente, mostrando gradaciones que situaran cada caso y estableciendo diferencias que tomaran en cuenta persona, contexto y relación con las drogas. Gracias al relato de Álex se pudo tener un acercamiento a los espacios de consumo y venta de drogas que forman parte del atractivo para clientes locales y turistas en la Zona Centro y Zona Norte de Tijuana. Por otro lado, el relato y la entrevista de Lalo, aproxima a la cotidianidad de sujetos que cometen delitos comunes en este espacio, así como sus encuentros con la policía y las posibles consecuencias ante tales ilícitos, mostrando cómo la lógica del proveedor-cazador es exacerbada cuando se delinque para satisfacer necesidades de consumo.

El relato de Daniel también problematiza la lógica del trabajador y proveedor, en tanto que su papel como sicario pareciera no situarse en ninguna de las lógicas, siendo que su involucramiento en los mundos criminales y su consumo de drogas se dan en etapas diferentes y también el hecho de su prolongada permanencia en dicho circuito muestra una integración a sus dinámicas.

Posteriormente, desde los relatos de Chapa, Tania y Daniel, la relación entre trabajo y delito está presente desde su integración a los circuitos de trabajo sexual, considerados ilegales pero tolerados por las autoridades locales de la ciudad. La propia permanencia en la Zona Norte desde distintas modalidades del trabajo sexual se vuelve un factor que incentiva el consumo desde sus etapas iniciales hasta tornarse visibles sus efectos más críticos a la salud, y cuyos caminos son la rehabilitación o el rápido deterioro mental. Sin embargo, un aspecto que sobresale en estos casos es el vínculo entre consumo de drogas y actividad delictiva se da como un efecto colateral a raíz de las relaciones sentimentales con sus parejas, siendo ésta un factor propiciatorio que puede llevar a acelerar o distanciarse del consumo al ver sus consecuencias a la salud. Por lo que se reafirma cómo cada caso requiere situarse y analizarse relacionalmente para alejarse de conclusiones unidireccionales entre los fenómenos de las drogas y el delito.

Aunque los límites entre los fenómenos del delito y las drogas desde las experiencias de los sujetos son, a menudo, tenues, la correlación o causalidad entre uno y otro no se encuentra presente, necesariamente, por defecto. Por ello, parte del énfasis tiene que ver no sólo con la necesidad de problematizar las concepciones morales de las ciencias sociales frente a estos fenómenos, sino también el hacer uso de estrategias teórico-metodológicas que permita detectar los sesgos que a menudo suelen desarrollarse cuando se tratan temas como estos. Es en ese sentido, adquieren relevancia los testimonios y los relatos de vida de aquellos sujetos relacionados con el mundo de las drogas y el delito.

Los efectos de las drogas, la violencia y la delincuencia trascienden las clases sociales y los roles de género, tal como se pudo observar en los relatos de las personas que colaboraron, por ello es responsabilidad como investigadores escudriñar las relaciones que atraviesan a todas las personas en estos mundos, con el propósito de contribuir a la desaparición de los estigmas sociales fuertemente arraigados en el imaginario colectivo.

Referencias

- Aceves, J. E. (1994). Práctica y estilos de investigación en la historia oral contemporánea. *Historia y Fuente Oral*, 2(12), 143-150.
- American Addiction Center. (2019). Substance Abuse Levels Across the U.S. Estimated by city, Estados Unidos. <https://americanaddictioncenters.org/learn/substance-abuse-by-city/#:~:text=Overall%2C%20Omaha%20had%20the%20highest,having%20tried%20the%20drug%20before.>
- Astorga, L. (2016). *El siglo de las drogas. Del Porfiriato al nuevo milenio*. Debolsillo.
- Astorga, L. (2003). *Drogas sin fronteras*. Grijalbo.
- Bojórquez, I. & Cortés, M. (2013). Epidemiología del uso de drogas ilegales en Baja California. En M. París & L. Pérez (coords.). *La marca de las drogas. Violencias y prácticas de Consumo*, (pp. 17-42). El Colegio de la Frontera Norte/Juan Pablos Editores.
- Bertaux, D. (1989). Los relatos de vida en el análisis social. *Historia y Fuente Oral*, 1, 87-96.
- Berumen, H. (2011). *Tijuana La Horrible. Entre la historia y el mito*. El Colef.
- Dammert, L. (2009). Drogas e inseguridad en América Latina: una relación compleja. *Nueva sociedad*, 222 (julio-agosto), 112-131.
- Darke, S. & Zador, D. (1996). Fatal heroin 'overdose': a review. *Addiction*, 91(12), 1765-1772. DOI: 10.1046/j.1360-0443.1996.911217652.x
- Dorfman, A. (2020). Geografía moral del contrabando: una mirada desde las fronteras meridionales de Brasil. En H. Alfonso & F. Neira-Orjuela (eds.), *Donde el pedernal choca con el acero. Hacia una teoría crítica de las fronteras latinoamericanas*. RIL editores, Universidad Arturo Prat, pp. 155-174.
- Fuentes, C. & Peña, S. (2017). *Las fronteras de México: Nodos del sistema global de las drogas prohibidas*. Flacso-Ecuador/El Colef.
- Guiot, E. R., Bautista, C. F., Velázquez, J. V., López, M. D. L. G. & Icaza, M. E. M. M. (2009). Tendencias del consumo de drogas de 1998 a 2005 en tres ciudades de la zona norte de México: Ciudad Juárez, Monterrey y Tijuana. *Salud Mental*, 32(1), 13-19.
- Hernández, A. (2013). Cristoadictos?: adicción y teoterapia cristiana evangélica en Tijuana. En M. París & L. Pérez. (Coords.). *La marca de las drogas. Violencias y prácticas de consumo* (pp. 71-108). El Colegio de la Frontera Norte/Juan Pablos Editores.
- Heras, A. (2021). Seis ciudades en México entre las más violentas del mundo: estudio en *La Jornada*, 21 de abril de 2021, México. <https://www.jornada.com.mx/notas/2021/04/21/estados/tijuana-y-ensenada-de-las-6-ciudades-mas-violentas-del-mundo-estudio/>

- Jelin, E. (2014). Las múltiples temporalidades del testimonio: el pasado vivido y sus legados presentes. *Clepsidra. Revista Interdisciplinaria de Estudios sobre Memoria*, 1, 140-163.
- Kessler, G. (2004). *Sociología del delito amateur*. Paidós.
- Kessler, G. (2009). *El sentimiento de inseguridad. Sociología del temor al delito*. Siglo Veintiuno Ediciones.
- Maciel, A. (2018). *Ingovernables. Experiencia de encierro y expectativas de futuro de jóvenes internas en un centro de tratamiento contra las adicciones y conductas* (tesis de maestría). El Colegio de la Frontera Norte.
- Mallimaci, F. & Giménez, B. (2006). Historias de vida y método biográfico. En I. Vasilachis (ed.). *Estrategias de Investigación Cualitativa*, (pp. 175-212). Editorial Gedisa.
- Medrano, G. (2010). *Comunidades consumidoras de heroína: los discursos ocultos sobre el placer* (tesis de maestría). El Colegio de la Frontera Norte-UABC.
- Medrano, G. (2013). El consumo de heroína en Tijuana, una subcultura de la resistencia. En M. París & L. Pérez (Coords.). *La marca de las drogas. Violencias y prácticas de consumo* (pp. 161-196). El Colegio de la Frontera Norte/Juan Pablos Editores.
- Merklen, D. (2000). Vivir en los márgenes: la lógica del cazador. Notas sobre sociabilidad y cultura en los asentamientos del Gran Buenos Aires hacia fines de los 90. En Svampa, M. (Coord.) *Desde abajo. La transformación de las identidades sociales* (pp. 81-119). Editorial Biblos.
- Muñoz, G. (2006). *La comunicación en los mundos de vida juveniles: hacia una ciudadanía comunicativa* (tesis inédita de doctorado). CINDE-Universidad de Manizales, Colombia. <http://biblioteca.clacso.edu.ar/Colombia/alianza-cinde-umz/20130225045351/tesismunoz.pdf>
- París, M. D. & Pérez L. R. (coords.). (2013) *La marca de las drogas: Violencias y prácticas de consumo*. El Colef.
- Piñeiro, R. (1990). Mercados de trabajo y migración en la frontera norte: Tijuana, Ciudad Juárez y Nuevo Laredo. *Revista Frontera Norte*, 2(4), 61-94. DOI: <https://doi.org/10.17428/rfn.v2i4.1629>
- Ramos, R., Brouwer, K. C., Firestone-Cruz, M., Pollini, R. A., Strathdee, S. A., Fraga, M. A., & Patterson, T. L. (2008). At the borders, on the edge: use of injected methamphetamine in Tijuana and Ciudad Juarez, Mexico. *Journal of Immigrant and Minority Health*, 10(1), 23-33. DOI: <https://doi.org/10.1007/s10903-007-9051-0>
- Salazar-Páez, I. (2012). *El consumo de drogas ilegales en Baja California. Una perspectiva desde los determinantes sociales de la salud* (tesis de maestría). El Colegio de la Frontera Norte.
- Sandoval, E. (2012). *Infraestructuras Transfronterizas: Etnografía de itinerarios en el espacio social Monterrey-San Antonio*. CIESAS.

- Schneider, E. C. (2008). *Smack: Heroin and the American city*. Philadelphia University of Pennsylvania Press.
- Soto, E. (2013). El consumo de drogas y sus efectos en la construcción identitaria de los sujetos. En M. París & L. Pérez (Coords.). *La marca de las drogas. Violencias y prácticas de consumo* (pp. 197-220). El Colegio de la Frontera Norte/Juan Pablos Editores.
- Trindade, V. A. (2016). Entrevistando en investigación cualitativa y los imprevistos en el trabajo de campo: de la entrevista semiestructurada a la entrevista no estructurada. En P. Schettini & I. Cortazzo, *Técnicas y estrategias en la investigación cualitativa*, 18-34. Universidad Nacional de La Plata.
- Zinberg, N. E. (1984). *Drug, set, and setting: The basis for controlled intoxicant use*. Yale University Press.